

CAPITULO LXXII.

Despues de la victoria.



A victoria alcanzada por los españoles en la memorable batalla de Otumba se debió principalmente, como todas las conseguidas sobre los indios, á la intervencion de la Providencia.

Un suceso, cuyo recuerdo se conserva todavía, vino á decidir la suerte de las tropas que acaudillaba Hernan Cortés.

En lo más encarnizado de la lucha, en lo más rudo de la pelea, en lo más sangriento del combate, cuando los españoles empezaban á notar que decaian sus fuerzas, cuando se apoderaba de ellos el desaliento al ver lo inútil de su valor, de su arrojo, de su energía, cuando desconfiaban de poder vencer á sus enemigos, que cada vez aparecian más numerosos, un resplandor dulcísimo, vivificante, consolador, iluminó el espacio.

Instintivamente dirigieron su vista al cielo, y su sorpresa fué indescriptible al distinguir rodeado de una aureola espléndida al apóstol Santiago, que lanza en ristre y con la mirada fija en los españoles, les animaba á continuar luchando, asegurándoles desde luego la victoria.

Con tan poderoso auxilio los españoles recobraron las fuerzas perdidas; y arremetiendo con más ímpetu, con más vigor, con más decision que nunca contra aquel formidable ejército, no tardaron en quedar dueños del campo.

Los mexicanos, amedrentados de aquel espectáculo, huían despavoridos y apenas oponian resistencia á los conquistadores.

Es tambien indudable que á una inspiracion divina debió Hernan Cortés la idea de apoderarse del estandarte del ejército enemigo, idea que coronó los esfuerzos de su ejército.

Pero continuemos el hilo de esta verídica historia.

Despues de terminada la batalla y de entregarse los soldados á los excesos del pillaje, excesos solo disculpables por la embriaguez que produce la lucha, Hernan Cortés reunió á sus tropas.

—Es necesario, les dijo, proseguir la marcha. Las vecinas montañas, cuajadas de enemigos, son un peligro, una amenaza constante á nuestra seguridad. Cerca de aquí se divisa un caserío de pequeña poblacion. Aproximémonos á él para pernotar y para atender al cuidado de nuestros hermanos, que se hallan heridos.

Los soldados obedecieron las órdenes de su caudillo.

Los gritos y las amenazas de los indios se oían continuamente.

Al amanecer se puso en marcha el ejército español.

Poco despues descubrieron la muralla de Tlaxcala.

Los habitantes de esta ciudad que formaban parte de la division de Cortés al regresar á su patria, besaron el suelo como el hijo cariñoso que vuelve al regazo de la madre.

A la entrada de la ciudad habia un manantial de cristalinas aguas.

Allí aplacaron todos la sed devoradora que les habia producido la marcha y las fatigas de la pelea.

Hernan Cortés recomendó á sus soldados que tratarasen con el mayor afecto á los tlaxcaltecas, procurando conservar las buenas relaciones que con ellos tenian.

En su propósito de no aparecer hostil á los de Tlaxcala, mandó hacer alto en Gualipar, villa de considerable poblacion.

Quería enviar un mensaje al senado, pidiéndole permiso para su entrada en la ciudad.

Los habitantes de Gualipar le recibieron de una manera espléndida.

Todos á porfía ofrecían sus casas á los expedicionarios, les agasajaban con cuanto tenían, y todo demostraba en ellos la sinceridad de su alegría y la veneracion que les producía la presencia de los extranjeros.

Cuando los enviados de Cortés fueron á Tlaxcala á dar á conocer al senado los deseos de su caudillo, ya habia llegado allí la noticia de su victoria.

La fama de su gloria cundió por la ciudad con rapidez eléctrica.

Desde aquel momento se aprestaron todos á visitarle.

Magiscatzin, su leal amigo, con los altos dignatarios de la república, corrió á abrazar al caudillo de los españoles.

Acompañaba tambien á la comitiva un anciano venerable.

La bondad de su rostro le hacia más simpático por la desgracia de ser ciego.

Este anciano era Xicotencal, el padre del caudillo indomable del mismo nombre á quien ya conocemos.

Magiscatzin fué el primero, que adelantándose á la comitiva, estrechó afectuosamente en sus brazos á Hernan Cortés.

De cuando en cuando se separaba de él, le contemplaba con entusiasmo y volvía á abrazarle de nuevo.

Todo en él indicaba la admiracion que le producía que se hallase vivo despues de la terrible batalla que habia reñido con los mexicanos.

Xicotencal el ciego, extendiendo los brazos hácia el sitio en donde se hallaba el caudillo:

—¿Dónde está, donde está ese héroe? exclamaba. Quiero estrecharle en mis brazos, y solo siento que los dioses no me concedan la dicha de poder ver su semblante, de poder admirar á ese sér sobrenatural que tantas victorias ha conseguido.

Los senadores, los ministros, los altos dignatarios de la república, iban felicitando al caudillo de los españoles, y despues

saludaban afectuosamente á los capitanes y soldados á quienes conocían.

Xicotencal el hijo fué el que ménos expansivo se mostró en aquella entrevista.

El recuerdo de que habia tenido que doblegar su indómito carácter, su entereza militar á Hernan Cortés, le mortificaba, y en el fondo de su alma sentía avivarse de nuevo el deseo de la venganza.

En las conversaciones que tuvo Cortés con los tlaxcaltecas, se convenció una vez más de la sinceridad de su afecto.

Lo que más le alegró fué la noticia de que estaban reuniendo sus tropas, y de que muy pronto podría tener á sus órdenes treinta mil hombres para que le auxiliasen en su marcha.

Doliéronse de sus heridas, considerándolas como un desman sacrílego de aquella guerra sediciosa.

Sintieron la muerte de los españoles, y especialmente la de don Juan Velazquez, cuyas prendas personales estimaban en alto grado.

Al terminar su conversacion, añadieron que podía contar con ellos para todo, porque ya no solo se consideraban sus aliados, sino los vasallos de su rey; y por estas dos razones creían una obligacion de amistad y vasallaje ponerse de su parte y morir á su lado si era preciso.

Hernan Cortés les manifestó su gratitud por sus reiteradas ofertas, y se persuadió de que la victoria de Otumba borraba en la imaginacion de los tlaxcaltecas las pérdidas que habian sufrido al salir de México.

Esta opinion le era muy favorable á su prestigio.

—Ahora, si gustáis, añadió uno de los senadores, venid á la ciudad, donde hallareis un alojamiento digno de vuestra grandeza.

—Mejor seria, añadió otro, que aplazáseis vuestra llegada

dos ó tres dias para poder hacer los preparativos necesarios para vuestra recepcion, que debe ser todo lo grande, todo lo espléndida, todo lo magnífica que merece vuestro valor, y que conmemore las hazañas que habeis llevado á cabo.

Hernan Cortés sintió una viva satisfaccion al escuchar aquellos propósitos, y pretextando la conveniencia de que descansara su gente, aplazó la marcha.

Cuando se retiró la comitiva, Xicotencal, cuya altivez se rebelaba en presencia de Cortés:

—Padre, dijo al anciano, bien se conoce que no sabeis toda a hiel, toda la infamia que alberga el corazon de ese extranjero. De otro modo, no hubierais deseado tanto estrecharle en vuestros brazos.

—¿Qué dices?

—Digo que ese aventurero infame ha de ser la ruina de todos nosotros, como lo ha sido de otras tribus, y juro solemnemente que el dia que los dioses me sean propicios he de beber la sangre de ese falso amigo.

Xicotencal el ciego nada contestó; pero desde aquel momento se atenuó en gran parte la admiracion y el respeto que le habia infundido el héroe de nuestra historia.

CAPITULO LXXIII.

La amistad de los tlaxcaltecas.



RES dias se detuvo el ejército en Gualipar, asistido generosamente de cuanto hubo menester por cuenta de la república.

Hernan Cortés, que como ya hemos tenido ocasion de ver, conocia perfectamente el corazon humano y sabia explotar sus debilidades, ordenó á sus soldados que vistieran sus mejores galas.

Las joyas y las plumas de los mexicanos vencidos completaron el adorno de su traje.

Los individuos del senado, los caciques y los ministros, acompañados de sus numerosas familias, salieron á recibir á sus aliados y amigos.

Todos ostentaban lujosos atavíos, y en su continente majestuoso daban á entender el alto aprecio en que tenian á los extranjeros y el ferviente deseo que les animaba de manifestarles el respeto que inspiraban.

Cubriéronse de gente los caminos.

Los aplausos y los vítores atronaban el espacio.

Al presentarse los españoles, los atabalillos, las flautas y los caracoles entonaron alegre música.

Todo revelaba la inmensa dicha que embargaba á los tlaxcaltecas.

El ejército todo se alojó cómoda y convenientemente.

Magiscatzin se obstinó en llevar á su casa á Hernan Cortés

y este admitió su oferta, porque temia si le desairaba infundir en él sospecha.

Todos los caciques se esforzaban en alojar en sus respectivas moradas á los capitanes; pero Cortés, á quien los triunfos obtenidos no le hacian olvidarse de sus deberes, se negó amistosamente á complacerles, pretextando que las ordenanzas de su ejército prohibian á los jefes separarse de sus soldados.

La entrada triunfal en la ciudad de Tlaxcala tuvo lugar en el mes de Julio del año de 1520.

Al dia siguiente comenzaron las fiestas que se habian preparado en obsequio de los españoles.

Ya se ordenaban desafios con premios destinados al que mayor acierto desplegase en el manejo de las flechas.

Ya se competia sobre las ventajas del salto y la carrera.

Habia tambien en la ciudad sitios destinados á representaciones dramáticas.

El principal era un gran terraplen de piedra, y el espacio que ocupaban los actores estaba más elevado para que los espectadores pudiesen verlos y oirlos perfectamente.

Las representaciones tenian lugar al aire libre, y los que en ella tomaban parte elevaban de cuando en cuando su mirada, como para inspirarse en aquel magnífico cielo ecuatorial.

Los bailes y las danzas con que amenizaban estos espectáculos eran alegóricos, expresivos y notables por su elegancia y variedad.

Los cánticos que entonaban les recordaban sus batallas ó los hechos memorables de su historia.

Tambien en ellos se condensaban interesantes episodios amorosos.

Hernan Cortés agradecia aquellas afectuosas demostraciones, y dirigia entusiastas elogios á los actores de aquellas fiestas.

Sus capitanes y soldados manifestaban tambien el mismo entusiasmo.

Para granjearse el aprecio de los tlaxcaltecas, repartian con profusion entre ellos joyas y adornos de las que les habian correspondido como botin de la batalla de Otumba.

Pero un funesto contratiempo vino á turbar la tranquilidad, la alegría de que todos disfrutaban.

Hernan Cortés habia descuidado la curacion de la herida que recibió en la cabeza en la última batalla, y el excesivo ejercicio de aquellos dias la habia agravado.

Una inflamacion al cerebro que se presentó, seguida de una fiebre que se hacia más intensa á medida que avanzaba el tiempo, inspiró sérios temores á los que le rodeaban.

Marina no se separó un instante de él.

La postracion en que se hallaba su amante la consternó.

En los momentos en que el enfermo cedia al cansancio, de los ojos de la india brotaban abundantes lágrimas.

Su corazon se desahogaba entónces.

Cuando Cortés la veia, procuraba mostrarse sereno, y este esfuerzo que tenia que hacer la despedazaba el corazon.

Marina escuchaba sin perder una sola de las palabras que pronunciaba en su delirio Hernan Cortes.

Una noche su desesperacion no tuvo límites.

En medio de su isomnio, presa sin duda de los remordimientos que de vez en cuando mortificaban su corazon, conversaba el caudillo con su esposa Catalina, y con la mayor ternura la jüraba que solo ella era dueña de su corazon.

Cuando esto sucedia, la desesperacion de Marina no tenia límites.

—¡Ah! ¡Estoy maldita! se decia. ¿De que me sirven los sacrificios que he hecho de mi religion, de mi patria, de todas mis afecciones?

La muerte, solo la muerte puede poner término á los dolores que me agobian.

Después de permanecer silenciosa un momento, horrorizada de la idea que había cruzado por su imaginación:

—¡Oh! No, añadió. ¿Acaso puedo disponer de mi vida en la situación en que me encuentro? ¿No aparecería como parricida á los ojos de Dios?

Al despertar Cortés notó en el semblante de Marina una melancolía como nunca había visto en ella.

Acababa de salir el ilustre caudillo de una de esas pesadillas que tanto entristecían á su amada, y adivinando lo mucho que sufría:

—¿Qué tienes, vida mía? la preguntó. Tu inquietud me hace temer alguna nueva desgracia.

Marina no se atrevió á decirle lo que producía su aflicción. El caudillo insistió.

—¿No tienes ya confianza en mí? Por Dios, te ruego que me digas cuál es la causa de tu quebranto.

—Cortés, dijo suspirando Marina, soy tan desgraciada, que solo la muerte podrá acabar con mis penas.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué desesperas? ¿Acaso te falta mi cariño?

—Solo puedo decirte, le contestó, que si el sér que llevo en mi seno no me exigiese el sacrificio de vivir, mis tormentos cesarian en breve.

La emoción que esta escena produjo en el conquistador de México agravó su peligroso estado.

Al contemplarle Marina, al conocer que ella y solo ella era causa de aquella lamentable postración, juntando sus manos, elevando su mirada al cielo y en actitud suplicante, exclamaba en medio de la mayor amargura:

—¿Qué he hecho, Dios mío! Tal vez mi imprudente conducta va á acelerar la muerte de mi amado, y á dejar huérfano al fruto póstumo de nuestro amor. ¡Oh! La Providencia castiga

mis pecados, haciéndome sufrir los más acerbos dolores, el más cruel martirio.

La noticia del grave estado en que se hallaba Cortés circuló entre los tlaxcaltecas.

Al regocijo que había reinado en la fiesta sucedió una profunda tristeza.

Los festejos se suspendieron.

Los nobles estaban preocupados, y continuamente se acercaban á la morada del caudillo para informarse de su situación.

Los plebeyos se lamentaban también de aquel contratiempo.

Marina, la cariñosa é infatigable india, y los servidores que prodigaban sus cuidados al valiente caudillo, tenían que tranquilizar á cuantos acudían á saber cómo se hallaba, para que con sus exclamaciones no agravasen su dolencia.

Los senadores avisaron inmediatamente á los médicos más famosos de la república.

Su ciencia, como es de presumir, se reducía al conocimiento de las yerbas medicinales.

La práctica les había hecho apreciar sus virtudes curativas, y las aplicaban con asombrosa oportunidad.

Aunque la ciencia médica se hallaba en su infancia, instintivamente se servían de ciertas yerbas, que por efecto de su aplicación determinaban las enfermedades, y entónces propinaban al paciente ciertos medicamentos que producían su completa curación.

Antes de atender á la herida de Cortés, dirigieron toda su atención á destruir la fiebre que le devoraba, y cuyos progresos hacían temer un resultado fatal.

Cuando esto consiguieron, se dedicaron á cicatrizar su herida, y al poco tiempo lograron el resultado apetecido.

El jefe de los españoles recobró su salud.

Al saberse tan feliz noticia, la alegría brilló de nuevo en to-

dos los semblantes, y en los días que siguieron á su restablecimiento se vió rodeado de los senadores, de los altos dignatarios de la república, de los caciques, de los ministros, de todos sus amigos, en fin, que con las frases más cariñosas, con la expresión del más sincero afecto, le demostraban cuánto se interesaban por su salud.

Hernan Cortés, con la bondad que le caracterizaba, con la elocuencia que le era propia, dió gracias á todos por la generosidad de sus sentimientos, y despues de despedirse de ellos reiterándoles su amistad y proteccion, se consagró de nuevo á los delicados asuntos que reclamaban su cuidado, para llevar á cabo la mision que tenia que cumplir en aquellas lejanas tierras.

Esta mision se hacia cada dia más difícil.

Los soldados perdían la esperanza, los víveres escaseaban; solo un milagro de la Providencia podia salvar á los españoles.

CAPITULO LXXIV.

La curandera.



IVAMENTE deseaba nuestro caudillo saber el estado en que se hallaban las cosas en Veracruz, porque este punto era de suma importancia para una retirada.

Al efecto escribió á Rodrigo Rangel, que capitaneaba aquellas fuerzas, y este valiente español despachó un emisario para que le enterase detalladamente de cuanto ocurría.

Apénas avisaron á Hernan Cortés su llegada, se apresuró á recibirle.

El soldado con el mayor respeto:

—Esta carta, señor, le dijo, me acredita cerca de vos como enviado de Rodrigo Rangel.

—A la verdad que me alegro infinito poder apreciar una vez más la actividad, el celo, la lealtad que distinguen á vuestro jefe. Ahora dime en qué situacion se encuentra Veracruz, y si los soldados se hallan bien asistidos.

—Allí reina una completa tranquilidad. Todos hemos procurado estrechar la buena amistad con que nos han brindado los zempoales, totonaques y demas naciones confederadas; así es que continúan prestándonos su apoyo, y de nada carecemos.

—¿Es decir que por esa parte nada tenemos que temer?

—Yo no sé qué contestaros. Ocho soldados y un cabo que salieron con direccion á esta provincia, no han vuelto. Por lo que hemos podido comprender, los indios dicen que los han muerto en la provincia de Tepeaca.